

*Zum Paulusverständnis in der östlichen Kirche*, en: JbAC 29 (1986) 27-39 y Maria Grazia Mara, *Paolo di Tarso e il suo epistolario. Ricerche storico-esegetiche*, L'Aquila 1983, ilustran desde una perspectiva histórica esta evolución de la exégesis patrística acerca de Pablo.

El libro de Díaz muestra detallada y minuciosamente esta aportación de Orígenes y se constituye así también en una importante aportación a los modernos estudios sobre la recepción del Apóstol Pablo en el pensamiento patrístico.

A. VICIANO

Fernando FERNANDEZ, (coord.), *Estudios sobre la encíclica «Sollicitudo rei socialis»*, Unión Editorial, Madrid, 1990, 700 pp.

A pesar de que el título de la obra empieza con la palabra *Estudios* (en plural), en realidad este volumen es un amplio estudio *unitario* —eso sí, «multi-articulado»— acerca de la encíclica *Sollicitudo rei socialis*. Es fruto de un esfuerzo magníficamente coordinado por Fernando Fernández y realizado por varios miembros de AEDOS (Asociación para el Estudio de la Doctrina Social de la Iglesia), todos ellos profesionales y estudiosos pertenecientes a las más diversas áreas de la ciencia.

La extensión del trabajo (setecientas páginas), *a priori*, podría incitar al lector a una doble tentación: por un lado, sospechar con verosimilitud que no se va a encontrar unidad en el desarrollo del estudio y, por otro, disponerse a realizar tan sólo una lectura parcial y selectiva, en función de sus propios intereses. Sin embargo, basta un mínimo de paciencia para descubrir que las diversidades de procedencia científica de los co-autores y de los respectivos puntos de vista, justamente, son la ventaja y no el inconveniente de este estudio, puesto que la coordinada estrategia que se ha seguido ha dado lugar a un trabajo muy rico en matices, que no son fáciles de descubrir cuando uno permanece encerrado en la visión de su propia parcela científica.

Juan Pablo II ha señalado repetidamente la necesidad de apoyarse también en un *análisis interdisciplinar* a la hora de hacer la «atenta reflexión sobre las complejas realidades de la vida del hombre en la sociedad y en el contexto internacional, a la luz de la fe y de la tradición eclesial» (*Sollicitudo rei socialis*, n° 41). Puesto que la vida es «rica en matices» —y cada vez más— se nos antoja imprescindible el alcance interdisciplinar de la doctrina social de la Iglesia. La interdisciplinariedad no es fácil de con-

cretar: exige un estilo de trabajo y hombres peculiarmente aptos para ello. *Estudios sobre la encíclica Sollicitudo rei socialis* reúne ambas condiciones: en primer lugar, su elaboración ha estado metodológicamente presidida —de diversos modos— por un intenso diálogo y contraste de puntos de vista (cfr. las indicaciones que F. Fernández da al respecto en pp. 18-19); y, en segundo lugar, sus co-autores no sólo proceden de diversos ámbitos científicos —como ya se ha dicho—, sino que en su mayoría son expertos (por lo menos doctores) en más de una ciencia. Tanto es así que he renunciado a mi pretensión de presentar siquiera a algunos de ellos, clasificándolos por áreas científicas. En fin, el lector podrá encontrar en las pp. 697-699 una breve presentación de cada uno de los autores. Por lo demás, este esfuerzo coordinado no anula el estilo propio de los autores. Por esto, y ello ya depende de cada lector, lo único que puede causar más dificultad o cansancio no es tanto la perspectiva diversa que se adopta (lo cual es enriquecedor), cuanto un determinado estilo de escritura o presentación que personalmente a uno le cueste más leer.

El resultado final es interesante: da la impresión de encontrar abundantes reflexiones y comentarios «muy vivos», que hacen mella en la realidad de nuestros días y que, por lo general, no quedan en abstracción (aunque siempre es necesario un cierto nivel teórico-especulativo, que también está aquí presente). Un acercamiento de la doctrina social de la Iglesia a la realidad, una lectura más próxima (quizá más técnica) de los problemas sociales a la luz de las orientaciones magisteriales, etc. son objetivos fundamentales para configurar la sociedad de un modo más cristiano. Pero esta tarea (más concreta) no puede realizarla el Papa: no es el ámbito de su misión; es trabajo de todos y debe ir precedido de una labor reflexiva «de acercamiento», al estilo de esta obra colectiva.

No es sorprendente que una buena carga de sentido práctico haya acompañado a la elaboración de este trabajo. En esta línea creo que es importante mencionar que el lector encontrará en el volumen un prólogo (F. Fernández) y una introducción (Mons. Fco. J. Martínez: *Reflexiones sobre el contexto de la encíclica*) que, respectivamente, presentan adecuadamente el trabajo y despiertan el interés por su lectura; un utilísimo apartado con el resumen de la aportación de cada autor (cfr. pp. 613-621); índices de nombres y de materias (cfr. pp. 687-695); el texto de la encíclica y, en fin, una clara ordenación de los diversos capítulos, que tratamos de indicar a continuación.

1º) Viene integrado por el prólogo y la introducción. Una afirmación de Mons. Fco. Javier Martínez refleja, a mi juicio, el punto central de su tesis, a la par que presenta uno de los grandes retos que la doctrina

social de la Iglesia tiene que afrontar hoy día: «La historia de la modernidad, en cuanto historia de la marginación, primero de lo cristiano y luego de lo religioso en cuanto tal, de la vida concreta de los hombres y de los pueblos, está, pues, mucho más vinculada de lo que habitualmente se piensa a la renuncia progresiva de los cristianos a la expresividad cultural y social de la fe» (p. 25). La encíclica *Sollicitudo rei socialis* se desenvuelve dentro de un contexto cultural caracterizado, junto con la crisis de la modernidad, por la pérdida de la expresividad cultural de la fe en el cristiano. La situación del mundo, en definitiva, pide obras e iniciativas concretas, y la renovación de la Iglesia pasa por la aplicación práctica de su doctrina social. No sorprende, pues, que Mons. Martínez finalice su artículo trayendo a colación aspectos tales como la «Dimensión ética de la actividad económica» (pp. 31 y ss.) y «El significado social de la fe cristiana» (pp. 35 y ss.).

2º) *Estatuto científico de la doctrina social de la Iglesia* : Teodoro López, bajo el título *Naturaleza de la doctrina social de la Iglesia: estatuto teológico*, aborda directamente uno de los aspectos más novedosos y, paralelamente, más fecundos, para la enseñanza social de la Iglesia: su *status* teológico y, más en concreto, de teología moral. El artículo trata también diversos aspectos de orden metodológico: «progresiva evolución desde un método, en un principio exclusivamente deductivo, hacia un método en el que el aspecto inductivo adquiere una creciente importancia» (p. 45); la cuestión de las fuentes; el nuevo diálogo Iglesia-mundo; continuidad y renovación; interdisciplinariedad, etc.

3º) Análisis de una serie de *cuestiones presentes en los procesos de desarrollo*. Tales análisis son abordados desde perspectivas diversas. En primer lugar, desde una aproximación eminentemente filosófica (antropológica), Leonardo Polo (*La «Sollicitudo rei socialis»: Una encíclica sobre la situación actual de la sociedad*) hace un diagnóstico de la situación actual: la modernidad, bien cargada de posturas unilaterales como fruto de su ideal emancipatorio, ha resultado profundamente afectada por un fraccionamiento de las diversas dimensiones del hombre; las ciencias que encaran el estudio de tales dimensiones, a su vez, han experimentado el mismo efecto, a resultas de lo cual la armonía científica ha resultado seriamente comprometida. Sin abandonar el enfoque filosófico, el profesor Polo sugiere una serie de elementos que deben estar presentes en la superación de la situación actual, de manera que todos ellos miran a la enseñanza programática de la *Sollicitudo rei socialis*: un desarrollo auténtico que promueva a la persona humana en todas sus dimensiones.

Por su parte, Andrés Ollero (*«Expertos en humanidad»: Convicciones religiosas y democracia pluralista*) refleja muy bien la situación de los católicos que no han logrado teñir de cristianismo su actuación en medio de las realidades terrenas. «El cristiano es experto en humanidad en la medida en que Dios le ha hecho, sin mérito por su parte, depositario de la verdad del hombre» y «ha de fomentar, pues, agradecidamente, el orgullo de saberse depositario de la verdad del hombre» (p. 129). Mientras tanto, «la pretendida amoralidad laica actúa, en realidad, como propuesta moral alternativa, tan expuesta a errores inmorales como cualquier otra» (p. 131). El respeto a la dignidad de la persona (lucha por los derechos humanos) pide paciencia en el camino de la restauración social, teniendo en cuenta que la objetividad de criterios fundantes no debe impedir la pluralidad de soluciones resultantes (según circunstancias históricas y según perspectivas culturales): «Ni la fidelidad doctrinal está reñida con el pluralismo democrático ni la democracia exige un relativismo ético» (p. 137).

Finalmente, Aquilino Polaino (*Estilos psicopatológicos y estructuras de pecado*), previa presentación de la concepción cristiana acerca del hombre —que merece ser calificada de realismo antropológico—, define y presenta los estilos psicopatológicos del desarrollo insolidario e indigno que acaban por cristalizar en estructuras de pecado, afectando así, de un modo determinante, al desarrollo de la humanidad.

4º) Presentación de *algunos puntos de referencia básicos, de los que la doctrina social de la Iglesia no puede prescindir al realizar su propia reflexión*. Miguel Alfonso Martínez-Echevarría, con el título *Individualismo metodológico y solidaridad*, plantea la necesidad de superar el «reduccionismo técnico» (concepción *meramente* técnica) del desarrollo, parámetro que, sin embargo, ha estado presente en el «individualismo metodológico», anejo a determinados planteamientos neoclásicos del pensamiento económico.

Rafael Rubio de Urquía (*La encíclica «Sollicitudo rei socialis» y los sistemas de organización de la actividad económica*), después de delinear muy certeramente lo más básico de «lo económico» (proceso de asignación de recursos escasos a fines alternativos, localizando de modo preciso el momento ético del acontecer económico), hace una valoración crítica (paralela a *Sollicitudo rei socialis*) de los sistemas de organización económica hasta entonces dominantes (capitalismo liberal y colectivismo marxista). El alcance y provecho de este estudio es particularmente interesante, desde el momento en que distingue nítidamente y relaciona con precisión lo técnico de la economía con los valores que están presentes en la actuación de los agentes económicos. Tal logro permite, por un lado, obviar el radical absurdo de rechazar la libertad, el mercado, la propiedad privada, suponiéndolos, *per se*,

como los causantes de las injusticias del orden social, y, por otro, llamar la atención acerca del inevitable impacto (nunca neutral) de los valores sobre los instrumentos técnico-económicos.

Relacionado con el anterior, el estudio de Enrique M. Ureña (*Teología, moral y economía en la «Sollicitudo rei socialis»: el problema de su interrelación*), analiza la peculiar conexión entre teología, moral y economía. El autor presta particular atención al problema del no poco frecuente uso equívoco de determinadas terminologías y lenguajes, dando lugar a mezclas que no colaboran más que a oscurecer y entorpecer los marcos de análisis de la moral en economía.

Cierra este bloque temático el trabajo de José Andrés-Gallego (*Sobre la historia, la teoría y la práctica del cambio social*), delineando una teoría del cambio social, desde la perspectiva de la historia, enfoque necesario porque lo que hoy vivimos difícilmente puede explicarse sin lo heredado del pasado.

5º) Reflexiones en torno a *aspectos tan fundamentales* (de la doctrina social) y tan *focales* (de la encíclica) como son los de:

a) «*el desarrollo y su exigencia moral*» (Javier Irastorza —*La economía del desarrollo cumple cuarenta años*—, Ignacio Falgueras —*La responsabilidad del hombre sobre la historia*— y Enrique Colom —*El desarrollo de todo el hombre*—). Esta cuestión es de capital importancia desde el momento en que el entramado socio-político-económico ha adquirido en este último siglo una fuerte intensificación y dinamización (mayor interdependencia; mayor capacidad de influir unos sobre otros), de modo que una errónea concepción del desarrollo (por ejemplo, el reduccionismo economicista u otros) no hace más que conducir a desequilibrios, abismos e injusticias cada vez más amplios, los cuales no podrán ser corregidos si previamente no asumimos un ideal de desarrollo integral (de todo el hombre y para todos los hombres). En fin, en vistas del *progreso* social de la humanidad, el logro de una situación de verdadero desarrollo (a la altura de la dignidad del hombre) es ya un asunto con alcance moral que nos compromete a todos.

b) la «*solidaridad*» (Antonio Argandoña —*Razones y formas de la solidaridad*—), tema muy ligado al anterior, puesto que la solidaridad es «la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común» (*Sollicitudo rei socialis*, nº 38). Cuando se habla de asumir la *interdependencia* como *categoría moral* es inevitable llegar al ámbito de las virtudes, particularmente la *solidaridad*, sin la cual es inútil abordar cualquier intento de desarrollo auténtico. El estudio del profesor Argandoña tiene, en mi opinión, el particular interés de exponer con cierto detalle qué es el mercado,

y de presentarlo como un instrumento al servicio del desarrollo y como una de las posibles vías para practicar la virtud de la solidaridad. El mercado puede usarse, obviamente, para fomentar eficazmente la injusticia, pero este extremo no depende, ni mucho menos, del mercado en sí mismo, sino de los valores que guían las actuaciones de los agentes económicos.

—«*estructuras de pecado*» (José Luis Illanes —*Estructuras de pecado*—), concepto que adquiere una notabilísima relevancia en la encíclica *Sollicitudo rei socialis*. El autor analiza la génesis de esta noción; sus relaciones/distinciones con otros términos emparentados (por ejemplo, el de *pecado social* o el de *mecanismo perverso*) y su contenido preciso. Si se desea una «acción históricamente eficaz» (cfr. pp. 392 y ss.) es necesario, entre otras cosas, diagnosticar todas las causas de la injusticia social, sin obviar el alcance decisivo de la dimensión ética dentro de la vida social (con la visión acerca del hombre que siempre subyace detrás de esta dimensión básica de la vida humana).

c) la «*hipoteca social*» (garantía del destino universal) de la propiedad (José A. Doral —*La hipoteca social*—). Efectivamente, tal expresión es usada de modo reiterado por el Papa dando a entender que, tal como ocurre con el derecho a la propiedad, los derechos fundamentales de la persona humana, tienen algo así como una contrapartida (expresada mediante los diversos principios fundamentales de la doctrina social) que garantiza la función (ejercicio) social de tales derechos. En el caso del derecho la propiedad privada, el principio garante de su función social es el del destino universal de los bienes.

6º) Podemos aún localizar un último bloque temático, cuya característica común sería la de presentar los diversos *objetivos, metas y configuraciones a las que debe llegarse* mediante la aplicación de la doctrina social de la Iglesia: objetivos en el ámbito de la *organización internacional* (José T. Raga —*El nuevo proteccionismo y los países en desarrollo*—) en general y, en particular, la organización que se necesita para superar los grandes bloques geopolíticos (José María Peláez Morón —*Los componentes geopolíticos*—); la *organización social* (Enrique Martín López —*La humanidad como ámbito máximo*—); objetivos y configuraciones en relación a la *empresa* (Domènec Melé —*La empresa en desarrollo*— y Santiago García Echevarría —*La ética de las instituciones económicas y sociales*—); en cuanto a la solución de la *deuda externa* de los países en desarrollo (Rafael Termes —*La deuda exterior en los países en desarrollo*—); en lo que concierne a los *derechos humanos* (Salvador Rus —*Los derechos humanos en la «Sollicitudo rei socialis»*—); objetivos respecto a la *vivencia práctica* —aquí y ahora— de la doctrina social de la Iglesia (Federico Rodríguez —*Signos positivos y soluciones prácticas*—)

y, muy conectado con esto, el tema de la *difusión práctica* del contenido de las encíclicas (Rafael Gómez Pérez —*Ética, solidaridad y opinión pública*—).

Obviamente, esta estructuración presentada admite variaciones. Por ejemplo, el trabajo de Antonio Argandoña podría clasificarse más bien como una presentación del tipo de mercado al que sería deseable llegar (para lo cual no ha podido prescindir de un estudio de lo que acaso sea la solidaridad), y así con otros. Esta potencial flexibilidad no supone falta de rigor o de concreción, sino que es manifestación de que los autores saben analizar la realidad sin olvidarse de que ésta es multiforme.

En conclusión, la lectura completa (y necesariamente paciente) de *Estudios sobre la encíclica «Sollicitudo rei socialis»* proporciona al lector una visión más completa y rica del alcance (incluso a niveles de notable concreción) de la doctrina social de la Iglesia. Además, en la medida en que este estudio colectivo aborda problemáticas de orden socio-económico actuales y concretas, la lectura selectiva del mismo (no es difícil localizar lo que se acerque más a las áreas de interés del propio lector) es también de enorme utilidad y constituye un complemento bibliográfico importante.

A. CAROL

Alejandro CHAFUEN, *Economía y Ética. Raíces cristianas de la economía de libre mercado*, («Colección Libros de Economía»), Rialp, Madrid 1991, 208 pp.

El libro comienza con una larga e interesante presentación de Rafael Termes, donde explica la sustancia de la tesis mantenida en todo el libro; además hace un alegato en defensa del liberalismo económico, entendido como «organización social basada en la propiedad privada que utiliza el mecanismo de los precios para la eficiente asignación de recursos, y en el que todas las personas, libremente responsables de su futuro, pueden decidir las actividades que desean emprender, asumiendo el riesgo del fracaso a cambio de la expectativa de poder disfrutar del beneficio».

En poco más de doscientas páginas, el Dr. Chafuen, de nacionalidad argentina, aborda un tema muy interesante y controvertido en el pensamiento económico actual. Desde Max Weber, hay la creencia de que la ética protestante es el motor de la organización económica capitalista, o de libre mercado; junto a lo anterior, y de forma más o menos implícita la